

Sandra Gayol, 2023. *Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 334 p.

4

La enfermedad de Eva Perón, su muerte y la congoja colectiva que provocó “raudaes de llanto” durante los días de su prolongado y desbordante velatorio han quedado grabadas en la memoria colectiva de la Argentina. El cáncer, celebrado por los opositores y juzgado como un martirio injusto por sus leales seguidores, expuso sin ambages la profunda antinomia que rasgaba a la sociedad argentina de entonces. La muerte fue motivo de regodeo para unos y de dolor lacerante para otros. Y el funeral, que en una disposición excepcional (a la medida de la excepcionalidad de Eva) la honró como jefa de Estado, conmocionó a una multitud aunada por sentimientos, gestos y rituales. Pero a la vez, movilizó las pasiones de aquellos que, entre la crítica mordaz y el silencio resistente, habían sido excluidos de la comunidad de seres felices forjada en torno a Eva y Juan Perón. Esa amalgama heterogénea y dinámica de opositores, que bajo el rótulo de antiperonistas convocaba a sujetos con distintas identidades políticas, tuvo en común el desdén por el arrebato de sensiblería desatada durante la vigilia de la muerte y agigantada por la angustia contagiosa durante las exequias. Si todas estas dimensiones en tensión han estimulado una profusa indagación histórica, el acontecimiento de la muerte de Eva no ha sido en sí mismo un objeto de estudio. En este libro, Sandra Gayol ubica ese “evento monstruo”

en el foco de una indagación sagaz y ambiciosa que explora la intrincada relación entre política y afectividad a partir de un uso tan ecléctico como sutil de los marcos interpretativos del “giro emocional”.

Al amparo del canon afectivo del peronismo, fueron tomando forma una comunidad emocional y un régimen de sentimientos que, como una bruma densa y expansiva, envolvió a peronistas y antiperonistas. La fina sintonía sentimental que incluía a quienes –en palabras de Perón– “sienten y piensan como nosotros” dio sustento a la centralidad política y emocional de Eva en el movimiento. Ese liderazgo, que fue tan breve como intenso, quedó plasmado en toda su magnitud durante los días que transcurrieron entre la vigilia que acompañó su tránsito hacia la muerte, la vibrante desmesura del velorio y la solemnidad de la ceremonia de inhumación.

El curso de la enfermedad, que el libro aborda con minucia, revela las políticas de ocultamiento y disimulo, pero también las ansiedades que la comunicación oficial provocó. Una gama amplia de recursos y prácticas, que incluía desde boletines y partes médicos hasta una infinita multiplicación de peregrinaciones y misas donde la gente se apiñaba para pedir por la salud de Eva, sucedió a una primera etapa de discreción y disimulo en la que el mal que la aquejaba se mantuvo acotado al recóndito espacio del secreto de Estado. Pero cuando la fina trama del silencio

se rasgó y la enfermedad se hizo pública, la nación entró en “un tiempo extraordinario” en el que se desplegaron lenguajes y prácticas afectivas que no solo terminaron de delinear los bordes y los sentidos de pertenencia a la comunidad emocional peronista, sino que modelaron las normas que regulaban qué sentir y cómo expresar los sentimientos durante el doloroso tránsito de Eva por aquel mal que no podía nombrarse, aunque lo delataban el cuerpo enflaquecido y la voz agónica con la que se dirigió por última vez a sus descamisados en la Plaza de Mayo.

El dolor, el amor y la felicidad sobresalen en la constelación de sentimientos que configuró al peronismo como una comunidad emocional. Eva vino a redimir la historia de dolor de los humildes, con los que se identificaba y a quienes amaba. En la retórica oficial de la que ella fue artífice y protagonista, Eva encarnaba a la jefa espiritual de los pobres que dedicó su cuerpo y su alma al noble objetivo de hacer feliz al pueblo (explotado, excluido y despreciado) democratizando el bienestar. Pero esa misión amorosa (por la que era retribuida con más amor) le impuso el sacrificio. El martirio de la enfermedad era, en el dramatismo de la narrativa sentimental peronista, el último eslabón de una larga cadena de ofrendas a los “sufridos y heroicos” descamisados. Dolor, amor y felicidad son, sin dudas, “etiquetas difusas” detrás de las que se despliegan sentimientos y experiencias emocionales ambiguas, polivalentes y esquivas a la historización. Sin embargo, a partir de una paciente búsqueda en los archivos, de una lectura aguda de los documentos y de una reconstrucción de los detalles,

que revela tanto su destreza profesional como su paciencia, Sandra Gayol repone un contexto denso en el que convergen actores, relaciones, discursos y símbolos que invisten de sentido el lenguaje emocional hiperbólico que acompañó a *la pérdida eterna*. Pero la expresión de la congoja no solo recurrió a las palabras, sino también a un abanico de gestos que dio encarnadura a la experiencia emocional colectiva, a través del llanto y la puja de una muchedumbre que, en su afán por ingresar a la capilla ardiente y acercarse al féretro, se condensó en una trágica avalancha. En un relato expresivo que describe potentes imágenes de aquellos días desconsolados, la autora recrea la atmósfera silente, oscura y lluviosa, impregnada del aroma de la mixtura nauseabunda de miles de flores con las que los deudos (célebres o anónimos) despidieron a “la mujer más extraordinaria de la Patria”. Esa atmósfera fue un catalizador del amor que, como sentimiento político, Eva había movilizado. Cuando el velorio, cuyos componentes prescriptivos fueron desbordados por la espontaneidad del pueblo, recobró la dimensión ritual en la imponente procesión funeraria, el viudo monopolizó el control. Entonces, el pueblo (integrado sin ambigüedades en una comunidad emocional peronista) juramentó ante la tumba de Eva “dar la vida por Perón”. El funeral había compactado al peronismo, que reconocía al General como el heredero indiscutible del cuerpo político de Eva.

El presidente heredaba el liderazgo de su esposa, pero también el amor que había emanado de ella (y que era indivisible de su capital político). En un copioso acervo de telegramas, cartas y tarjetas de

pésame, Gayol analiza los lenguajes emocionales de hombres y mujeres corrientes que, entre fórmulas estandarizadas y frases propias, expresaron su experiencia de aquel doloroso hito en sus vidas peronistas. Aunque, como señala la autora, el número de mensajes de condolencia palidece si se lo compara con las diez o doce mil cartas que Eva recibía cada día, su contenido emocional devela tanto la magnitud de la herencia recibida como el lugar crucial del dolor en el alineamiento entre la historia individual, la identidad política, la comunidad emocional peronista y el poder.

El poder omnímodo con el que Perón emergió tras el entierro de Eva trazaba límites muy precisos que excluían a “los malos argentinos” de la comunidad emocional que había terminado de consolidarse durante el extenso funeral. Sin embargo, ese ostracismo de los que no comulgaban con el régimen también se tradujo en una constelación de emociones políticas que surcaron las narrativas con las que la oposición dio cuenta de su percepción valorativa de un evento que rompió la cotidianidad e invadió el espacio afectivo de peronistas y antiperonistas. Si el desdén fue el sentimiento que puso en sintonía las expresiones de rechazo a las prácticas emocionales de la multitud, al llanto popular y al dolor bastardo impuesto por miedo y la coacción de un gobierno totalitario, el resentimiento fue el vértice en el confluyeron las emociones de Eva y los opositores. En un análisis perspicaz de los usos del resentimiento con el que las narrativas antagonistas interpretaron la actuación política de Eva, la autora expone el revés de una trama afectiva que, al tiempo que sobrevaloraba

el papel del despecho como la esencia de Eva, dejaba al desnudo que era ese mismo sentimiento el que animaba a sus críticos más mordaces. Ellos entendían que la ira que expresaba la esposa de Perón estaba enraizada en las experiencias de humillación que surcaron parte de su itinerario vital (la pobreza, su condición de hija ilegítima, sus fallidas aspiraciones artísticas) y la empujaron al indeseable espacio de los márgenes. Esa experiencia que laceró su alma –seguía el argumento– fue el núcleo de la retórica sentimental con la que Eva dio forma a su liderazgo. Sin embargo, mirada desde otra óptica, la oposición, humillada, perseguida y excluida de la comunidad emocional peronista, experimentó un sufrimiento emocional que también cobró la forma del resentimiento, una emoción que también inspiró su acción política.

En esta meticulosa reconstrucción de la agonía y el tránsito de Eva Perón a la muerte (y a la inmortalidad), Sandra Gayol muestra cómo un evento, que ella disecciona y analiza desde múltiples ópticas a partir de una evidencia tan densa como variopinta, es capaz de iluminar una experiencia emocional colectiva haciendo inteligible las complejidades de la construcción de un edificio político. En el evento, que este libro recorre a lo largo de los días desconsolados del invierno de 1952, la dimensión afectiva se integró en los debates ideológicos y los combates culturales y morales que surcaron a la Argentina de los años cincuenta, y al calor de que los fueron forjándose identidades en disputa y nociones de ciudadanía. En la dinámica de la construcción de poder, que basculó entre la contundencia y la ambigüedad,

fueron alineándose los ladrillos del edificio emocional peronista que la muerte de Eva coronó bajo la forma de una comunidad cuyos deslindes precisos también regulaban las experiencias y las expresiones emocionales del antiperonismo.

Hace tiempo, al referirse a la historia sensorial (de la cual este libro también es tributario), Marc Smith señaló que no es “un campo, sino una manera de pensar del pasado”.¹ En este libro, novedoso

1 Marc Smith, 2007. Producing sense, Consum-

ing sense, Making sense: Perils and Prospects for Sensory History. *Journal of Social History*, 40/4, p. 842.

ing sense, Making sense: Perils and Prospects for Sensory History. *Journal of Social History*, 40/4, p. 842.

María Bjerg

Universidad Nacional de Quilmes/
CONICET